

al partido, porque el hecho era notorio. Pero con el trascurso de los años se van debilitando todas las nociones, y llega un tiempo en que se cree que hay poco peligro en desmentirlas. Si se pierde el honor en el concepto de las personas instruidas, hay por lo menos una porcion de ignorantes, á quienes es fácil sorprender. Así debe discurrirse de una secta, cuyo único apoyo son la astucia y el fraude.

34. Variemos ya la escena con el calvinismo riguroso, mas violento por su propia naturaleza, ó por efecto de un hábito inveterado. Los hugonotes de Cévenes, esto es, del Vivarés, Velay y Gevaudan, se empeñaron en 1702 en restablecer el egercicio público de su religion en los desfiladeros casi inaccesibles de sus montes (1). Juntáronse al principio en parages retirados; y como no tenían ministros, se limitaban á cantar los salmos. Pero no tardaron algunos de ellos, pobres aldeanos, trabajadores y absolutamente iliteratos, en decir que los habia suscitado el cielo: se pusieron á predicar, y salieron de su boca mil extravagancias, que con mas justicia que nunca les merecieron el nombre de fanáticos. Al desprecio de las leyes sagradas se siguió muy en breve la infraccion del orden civil. Se quejaron altamente de que en ódio de su religion se les agoviaba en el repartimiento de los impuestos, y que el esceso que se les obligaba á pagar, solo servia para aliviar á los católicos: con cuyo motivo muchos de aquellos sediciosos se negaron

(1) *Hist. de Luis XIV. por Reboul, año 1702 y 1704. = Diar. Hist. del reinado de Luis XIV.*

á aprontar su capitacion. No dejaron de exigirla los recaudadores públicos, y en algunas aldeas de Cévenes embargaron los bienes de los que mas alborotaban. Estos recaudadores fueron sacados de noche de sus casas, y ahorcados en diferentes árboles con los despachos al cuello. Temiendo ser conocidos los autores de este atentado, se habian disfrazado poniéndose camisas encima de los vestidos, y por eso se les dió el nombre de *Encamisados*, que han conservado hasta estos últimos tiempos.

El marqués de Broglie, comandante de la provincia, y Mr. de Baille, intendente, enviaron tropa, y se prendió á los reos, los cuales sufrieron el castigo que merecia su delito. No produjo este egemplar el efecto que de él se esperaba. El suplicio de algunos asesinos aumentó infinito el número de los perturbadores públicos. Se juntaron de todas partes, bien que de noche y disfrazados como la primera vez. Se esparcieron por las casas de campo y demás habitaciones de los católicos, donde al principio se contentaron con robar, sin efusion de sangre; pero no tardaron mucho en añadir al latrocinio la violencia, las muertes, los sacrilegios y las mayores atrocidades. Sus tiros se dirigian principalmente contra los eclesiásticos, y en especial contra un abad de Chaylar, que habia hecho poner en un convento á dos calvinistas relapsos. Cercaron su casa de noche, violentaron las puertas y le mataron, con algunos otros eclesiásticos que habia en ella. Renováronse entonces en aquella infeliz region todos los excesos que habian cometido

casi todos. Pero habiendo acometido el mariscal de campo la Lande á dos partidas de encamisados, una tras otra, mató unos ochocientos ó novecientos de ellos. Estando para marcharse el mariscal de Montrevel, mandó acometer á otra partida que era de mil y trescientos hombres, los cuales pelearon como desesperados, y murieron casi todos.

Despues de estas derrotas fue el mariscal de Villars á reemplazar al de Montrevel. La humanidad y la política le persuadieron que bastaban ya los egemplares de terror, y que era tiempo de no derramar mas sangre francesa. Las pocas fuerzas de los rebeldes, y los miserables socorros que habian recibido de Inglaterra y Holanda, los disponian bastante á recibir bien una composicion ó convenio. Por eso el mariscal de Villars antes de hacer ningun uso de las armas, creyó que debia probar los medios de la suavidad y clemencia. Hizo publicar una amnistia general á favor de los rebeldes; ofreció pasaportes á todos los que quisiesen salir del reino, y les permitió vender sus bienes por sí mismos ó por apoderados que les remitiesen su importe.

Luego que se publicó esta declaracion, rindieron las armas Rolando y Cavalier, y se ajustó una tregua, entregándose rehenes por una y otra parte. Sin embargo, se trató principalmente con Cavalier, como que era el que tenia mas autoridad en el partido. Una especie de elocuencia enfática y rápida, que para su grosero auditorio imitaba bastante bien el estilo de los profetas, no dejaba ninguna duda de que sus

órdenes serian egecutadas con la mayor puntualidad. Siempre las comunicaba de parte de Dios, y siempre se cumplian como si fuesen emanadas de la misma Divinidad.

El mariscal envió á la Lande para que se abocase con este orgulloso panadero, que estaba cerca de Vezonoble con ochocientos hombres dispuestos en orden de batalla. La Lande, que no iba peor acompañado, dispuso su tropa en la misma forma. Adelantáronse los gefes á igual distancia, y en una conferencia de cerca de dos horas se acordaron todos los artículos; pero para ratificarlos, quiso Cavalier tener el honor de tratar inmediatamente con el mariscal, el cual accedió fácilmente á ello.

Se vieron en un arrabal de Nimes, en el jardin de recoletos, despues de haber dado rehenes para la seguridad de Cavalier. Acudió toda la ciudad á este espectáculo interesante. Presentóse Cavalier con un vestido de grana primorosamente bordado, y un penacho blanco en el sombrero. No era Cavalier de grande estatura, pero sí bien formado, de fisonomía agradable, cabello rubio y tez muy blanca. Le recibió el mariscal con mucho agrado, y estuvo hablando largo tiempo con él. Rolando pidió tambien una conferencia, y se le concedió igualmente. En fin, en otra que tuvo Cavalier con el mariscal, se acordó que el Rey concederia una amnistia plena y perfecta: que se formarían cuatro regimientos de los encamisados que habian quedado: que serían coroneles de ellos Cavalier, Rolando y algunos otros de sus gefes; y que se

les permitiera el ejercicio de su religion, en lo cual insistieron con mucha eficacia.

Cuando iba á concluirse todo de un modo irrevocable, llegaron á Cévenes unos diputados holandeses. Fueron inútiles los esfuerzos que hicieron para pervertir á Cavalier y Rolando; pero se dirigieron á un soldado desertor, llamado Ravanet, que se habia hecho capitán de una de sus cuadrillas, y por medio de varios latrocinios que le habian salido bien, adquirió la reputacion de hábil guerrero. Le prometieron hacer que le conociesen por caudillo todos los encamisados, y enviarle de Holanda é Inglaterra abundantes socorros para mantenerse con todas las gentes de su partido. Estas promesas, acompañadas de otras mas lisongeras, hicieron tanta impresien, no solo en Ravanet, sino en la mayor parte de los rebeldes, que ni Rolando ni Cavalier pudieron contenerlos. Así se rompió la negociacion con el mariscal, se encendió de nuevo la rebelion, se devolvieron los rehenes por ambas partes, y volvieron á empezar las hostilidades.

Cavalier, que habia procedido siempre de buena fe, fue ganando tiempo; y se quedó entre los descontentos, con la esperanza de ir sosegando poco á poco los ánimos; pero viendo por último que se aumentaba mas y mas el furor, se escapó de entre ellos, hizo su convenio particular, y entró á servir al Rey con su hermano, que no tenia mas de quince á diez y seis años, y con ciento veintisiete camaradas suyos, no habiendo podido reducir mas que este corto

número de aquellos frenéticos. Se le espidió el despacho de coronel, y á su hermano el de capitán. Se le destinó al ejército de Alemania, y marchó á Brisac, con una escolta que él mismo habia pedido; pero al llegar á Besanzon mudó de pensamiento, pasó á la Suiza, y entró á servir al duque de Saboya. Rolando volvió á ponerse á la frente de sus tropas, y promovió mas que nunca la rebelion. El mariscal, que no tenia ya ninguna esperanza de paz, hizo que le observasen, y supo que iba muchas veces de noche á visitar á una señorita de Cévenes, de la cual estaba enamorado, y vivia en una casa de campo en las inmediaciones de Nimes. Le sorprendieron en ella con cinco ó seis de sus principales oficiales. Todos huyeron; pero un dragon mató á Rolando, á quinientos ó seiscientos pasos de la casa. Se hizo causa á su memoria, y despues de haber arrastrado el cadáver, le pusieron en la rueda en una de las puertas de Nimes. Despues de esto hizo publicar el mariscal otra amnistía, con lo que entraron en razon muchos rebeldes. No quedaban mas de tres partidas, que en todo no pasaban de seiscientos hombres, cuyo gefe principal era Ravanet. El mariscal dió orden á sus soldados para que persiguiesen á este perturbador, supo que estaba en el monte de Bronzat, y envió dos destacamentos que le alcanzaron cerca de Massana. De trescientos hombres que tenia consigo, perdió doscientos. No se necesitó mas que este golpe de vigor y de inteligencia. La faccion quedó enteramente desconcertada; y los gefes, ó por mejor decir, los

antiguamente los hugonotes en toda la estension del reino: se rompieron las cruces y las imágenes de los Santos, se incendiaron las iglesias, fueron degollados los clérigos y los religiosos, despojados los altares, robados y rotos los vasos sagrados, y pisadas las hostias consagradas.

Al paso que se acrecentaba el número de estos bandidos, iba tambien en aumento el de sus iluminados; y cada uno de ellos sugería la idea de un nuevo sacrilegio ó de una nueva atrocidad. Dijeron tambien las mugeres que habian sido suscitadas para anunciar la voluntad de Dios. A todos estos visionarios de ambos sexos se les daba oídos como si fuesen profetas y profetisas, y todos mandaban de parte de Dios que se quitase la vida á los católicos, especialmente á los sacerdotes: lo que se egecutaba con la posible puntualidad.

En fin, llegó el desórden á tal extremo, que fue necesario enviar un egército al Lengudoc, con órden al mariscal de Montrevel para que le destinase á reducir aquellos fanáticos atroces. Hizo todo lo posible para esterminarlos. Despachó destacamentos considerables, los cuales acuchillaron un gran número de ellos. Fueron sorprendidos cuatrocientos en una casa de campo cerca de Alet, y pasados á cuchillo sin que se escapase ni uno solo. Otros doscientos tuvieron la misma suerte cerca de Usez. El marqués de Fimarcon derrotó una porcion de ellos en los alrededores de Nimes. Despues fueron tantos los ajusticiados, que apenas bastaban los verdugos. Todos aquellos á quienes

se cogia con las armas en la mano, morian irremisiblemente en el suplicio de la rueda.

Parecia que estas derrotas y castigos habian de contener el desórden. Pero la heregía, siempre semejante á sí misma, aunque en manos de un monton de gente záfia é ignorante, habia ya hecho uso de sus recursos ordinarios, y se hallaba coligada con las potencias enemigas para encender la guerra civil en Francia. Los ingleses y holandeses que necesitaban de diversion en la guerra de España, la cual habia sido muy feliz hasta entorces para la casa de Borbon, les enviaban armas y dinero, y les ofrecia poderosos refuerzos el duque de Saboya, diciéndoles que iba á penetrar en el Delfinado para reunirse con ellos. Y aunque este Príncipe necesitaba sus fuerzas dentro de sus estados, seguía en su obstinacion aquel populacho, engañado con una esperanza quimérica. Entretanto el mariscal de Montrevel que habia sido nombrado para el gobierno de la Guiena, y queria acabar de sujetarlos antes de marcharse, los perseguía con el mayor vigor. Continuaban divididos en varias partidas, cuyos principales gefes eran un aventurero llamado Rolando y Cavalier, panadero de profesion. Este, que era vivo, ardiente, emprendedor y atinado en sus resoluciones, tenia la mayor parte en su confianza. Fue el primero á quien se acometió en 1704, hácia el dia 15 de Abril, y tuvo una pérdida tan considerable, que dejó ochocientos hombres en el campo de batalla. Desquitóse poco despues, arrojándose sobre un cuerpo de quinientos á seiscientos católicos, y matándolos

varios capitanes, viéndose perseguidos con tan gran peligro de caer en manos de las tropas del Rey, fueron entregados sucesivamente la mayor parte de ellos con sus tropas, sin otra condicion que el permiso de pasar á Ginebra. En fin, el mismo Ravanet se presentó á implorar la clemencia del Rey, y á pedir el mismo permiso. Se le concedió igualmente que á los otros, y así quedó enteramente restablecida la tranquilidad; y los violentos sectarios de Calvino dejaron, á mas no poder, de egercer sus violencias.

35. Al contrario, el artificioso jansenismo ponía el colmo á sus maquinaciones, y no omitía recurso alguno para insinuarse y arraigarse por medio de la superchería y el engaño. Pero entre todos sus ardidés ninguno lograba mejor éxito ni contribuía tanto á adelantar su causa, como la invencion del silencio respetuoso. En esta máquina estribaba principalmente la decision del famoso caso de conciencia, que habia renovado todas las turbulencias y las aumentaba de dia en dia. Habíale condenado Clemente XI inmediatamente que llegó á su noticia; pero como sobre esto solamente habia publicado breves, y éstos enunciados en términos generales, que dejaban subterfugios á la sutileza, juzgó necesario señalar de un modo mas solemne, auténtico y preciso hasta qué punto deben los verdaderos católicos prestar obediencia á las constituciones pontificias recibidas de toda la Iglesia. Tal es el fin que se propuso, y le consiguió en la bula que comienza por estas palabras: *Vineam Domini Sabaoth.*

Despues de referir en ella las de Inocencio X y Alejandro VII, relativas al jansenismo, llora la obstinacion de los que no contentos con no adherir á la verdad, buscan todos los efugios imaginables para eludirla, y lo que es peor, no se avergüenzan de valerse, para la defensa de sus errores, de los mismos decretos dados contra ellos por la santa Sede apostólica; „ lo que han hecho principalmente (continúa el Padre Santo) con la carta de Clemente IX, dirigida en forma de breve á los cuatro obispos de Francia, y con las dos cartas de Inocencio XII á los obispos de los Paises-Bajos: como si Clemente IX (que en este mismo breve declaraba que adheria firmemente á las constituciones de Inocencio X y de Alejandro VII, que exigia de dichos cuatro preladós una verdadera y absoluta obediencia, y queria que suscribiesen sinceramente el formulario de Alejandro VII) hubiese admitido realmente alguna escepcion en un asunto de tanta importancia, cuando protestaba que jamás admitiria ninguna; y como si Inocencio XII, al declarar con prudencia y precaucion que las cinco proposiciones sacadas del libro de Jansenio fueron condenadas en el sentido natural que desde luego ofrece el testo, hubiese querido hablar, no del sentido que forman en el libro, ó que espresó Jansenio y fue condenado por Inocencio X y Alejandro VII, sino de algun otro sentido diferente; y como si hubiese querido templar, restringir ó mudar en alguna manera las constituciones de Inocencio X y de Alejandro VII en el mismo breve en que declaraba en

términos formales que habian estado y estaban en vigor, y que permanecia firmemente adicto á estas decisiones."

Despues impugna directamente el Pontífice el silencio respetuoso; y advierte que con este efugio, el cual impide que se condene interiormente como herético el libro de Jansenio, no se abandona el error, sino que se oculta: que se conserva la llaga en vez de curarla: que es burlarse de la Iglesia en vez de obedecerla; y que se abre á los hijos rebeldes un camino espacioso para fomentar la heregía. „Ha habido algunos (añade el Pontífice) que olvidando las reglas, no solo de la sinceridad cristiana, sino tambien de la honradéz natural, no se han detenido en asegurar que se puede suscribir licitamente el formulario prescrito por Alejandro VII, aunque no se juzgue interiormente que dicho libro de Jansenio contiene una doctrina herética." En seguida decide Clemente XI en términos espresos, que con el silencio respetuoso de ningun modo se satisface á la obediencia que exigen las constituciones apostólicas.

A pesar de la claridad con que habla la bula, apenas se publicó, cuando tambien se estendió una carta bajo el nombre de un párroco de la diócesi de París á un doctor de la Sorbona. El autor decia en ella (al parecer mas bien por un efecto de desvergüenza que de conviccion interior) que habiendo leído repetidas veces la bula, nada hallaba en ella que decidiese la disputa. En vista de esto, ¿quién intentaria convencer á gentes tan negadas á la razon? Sin

embargo, With, otro jansenista de Lovaina, no juzgó tan indiferente esta bula como el párroco conciliador; y así confesó francamente que ya no les quedaba efugio ni recurso á los refractarios. Mas no por esto se redujo él mismo á la razon. La constitucion le pareció clara, precisa y terminante, pero por lo mismo juzgó que era tanto mas detestable y perniciosa; y así habló y escribió de ella como de una produccion de tinieblas, que no faltaba sino que la adoptase y predicase el Anticristo; y como tal la denunció á toda la Iglesia, la cual oyó con horror renovarse el language de Lutero.

36. Habiendo recibido Luis XIV esta bula, la remitió á la asamblea del clero, que entonces se celebraba, y despues á la facultad de teología de París, y ambas la recibieron con sincera sumision. Su Magestad hizo que en seguida se despachase la patente para su registro, y se presentó al parlamento el 4 de Setiembre de este año de 1705. Mr. Portal, uno de los fiscales, dió en su informe la idea que debia tenerse de la bula y del error que proscibia. Dice entre otras cosas, „que la discrecion del Rey le habia obligado á pedir al Sumo Pontífice una decision final, capaz de agotar el manantial de doctrinas envenenadas que todos los dias se reproducian con diversos semblantes, y de destruir para siempre las reliquias de un error que, no osando presentarse abiertamente, se fortificaba con tanta mas diligencia al abrigo de sus infelices cavilaciones: que la constitucion, cuyo registro se pedia, declaraba que los hijos de la Iglesia